



HIMNOS ÓRFICOS

Por Norma Novoa

“Preséntate, bienaventurado Dionysos, de denominaciones múltiples, de cara de toro, engendrado del trueno, famoso Dios Basareo (piel de zorro) de universal potencia... Tú, que en los éteres retozas enajenado, Dios melómano, profundo, inspirador entusiasta que el tirso empuñas. Venerado por los mismos Dioses, Tú, que en la humanidad habitas, hazte presente con venturosa disposición.”

(Himno Órfico)

Difícil de explicar es el milagro de la transformación producida en los fieles dionisiacos de Grecia, quienes movidos por el amor y la fuerza entusiasta de su Señor, van con antorchas encendidas y tirsos agitándose en sus manos, forman coros fervorosos llamando al Dios al grito unísono de Evohé, Evohé (similar a Hari Om), con esta sola invocación cobra dimensión la presencia divina, Evohé, Evohé, gritan las Bacantes y comienza la danza, con suaves balanceos y a medida que el

fervor crece en los corazones, los cuerpos pierden su gravedad, sus gestos expresan embeleso y entonces sobrenaturales sonidos emanan. Todos se sienten uno con el Dios. Algunos caminan como fascinados formando círculos, otros, enajenados por la irresistible fuerza de Dionisos, quedan inmóviles; también están los que danzan en forma frenética movidos por el hechizo divino. Y así llega la Epifanía que en la Hélade se conoce como Epidemia Divina, pues es una impetuosa incursión celestial del sagrado nombre que estalla dentro de los corazones provocando un contagio general, donde el canto y la danza llenan las almas de divina locura. En la excitación danzante, la divinidad invisible se hace presente, a veces atravesando la congregación con mugidos de un toro. Como toro, el dios brama con una vitalidad próxima y arrolladora. Nubes de fuego abrazaban a los devotos. Aseguran que la fe en el encuentro con el dios del éxtasis, "hace inmortales a los hombres" (Eurípides). Dioniso convierte al cuerpo en territorio de encendidas sensaciones; transforma a la materia en vibraciones creadoras, en fuerzas que irradian su poder embriagante. Pero Dioniso no siempre llega solo.

“¡Oh Apolo!, Tú eres el divino origen y el fin de todo cuanto existe. Tú inspiras toda la música de la Naturaleza con la multisonante y armoniosa lira. Y modulas con tu música las

cambiantes y pasajeras estaciones. Por Ti divididos en partes iguales, avanzan verano e invierno en combinada danza. Ven, ¡Potestad Bienaventurada!, a nuestros rezos inclínate. Incrementáanos tu santa luz ilimitada y proyéctala sobre la mente de tus devotos.”

(Himno Órfico)

Mientras tanto en Delfos, los sabios inspirados por Apolo, entonan himnos al compás de la lira. Aquí, todo es luminosa quietud, serena alegría. Aquí, todo es certero reflejo del Señor de la Luz que otorga salud al alma, que hace del hombre un Hombre. Apolo es purísimo símbolo de la conciencia perfecta, Él es el don invisible que despierta la bondad del corazón, signo de la Verdad. Como Señor de la luz y de la música, responde haciendo que toda la naturaleza estalle en una sinfonía de vida. Es el Señor que ajusta los versos a la música, el conductor del coro de las Musas. Bienaventuranza y ternura infinita van centrándose intuitivamente formando así el universo de la religiosidad apolínea. Palabra y música unidas en un solo ser: Apolo, el Señor de la Verdad, es el dios que, “con su espíritu todo lo sabe, pues a él no le roza lo falso” (Píndaro), es también el dios por el cual, “en todas partes han sido fijadas las leyes del canto” (Homero), pues como enseñan los antiguos sabios, antes de las formas observables y visibles, los mortales se

inclinaron a las formas audibles, el universo está hecho con armoniosa medida, y es precisamente esta medida la que expresa la música con sus intervalos y con su ritmo y es sólo Apolo el encargado de colmar al mundo con melodías encantadoras, los sonidos de la naturaleza son las flechas que dispara su certero arco. Pero Apolo no siempre llega solo.

Divina dualidad es la que integran lo dionisiaco y lo apolíneo. En verdad Dionisos y Apolo son las dos fuerzas motoras, principales símbolos de la vida universal. Apolo y Dionisos son impulsos de creación, podríamos llamarlo intuición como estado permanente de generación. Tanto uno como el otro, buscan hacerse presentes en el cuerpo, para luego tomar por completo al alma. La fuerza apolínea representa la armonía de las formas y el resplandor de la belleza. Pero es justamente desde el ser de Dionisos, de donde surgen las formas del reino visible de Apolo, quebrando de este modo el equilibrado reposo apolíneo irrumpe lo dionisiaco como éxtasis, comunicación con las profundidades, con la gran fuente de lo vivo. Apolo y Dionisos, la repetida dualidad divina: la forma y lo amorfo; el sosiego y la embriaguez; el peán (himno) de Apolo y el ditirambo (aquí como canto) de Dionisos; la embriagante vid dionisiaca y el laurel, la victoriosa planta apolínea; Apolo olímpico, que nunca muere, y Dionisos, única divinidad que conoce la muerte

y el sufrimiento. Dionisos, símbolo de la música extática y Apolo, símbolo de lo musical dulcificado.

Lo dionisiaco está impregnado por otra dualidad: nacer y morir. El dios que aparece homenajeado por el ditirambo, es la dualidad de lo que crea y destruye, de lo que goza y sufre. El viento del dios exhala goce aun en el padecimiento e irradia una sonrisa en medio de una herida abierta por el dolor. Lo que diviniza no es sólo lo que lava y purifica. Lo que diviniza también es aquello que hace resplandecer la luz del sol en el oscuro pantano del dolor. Vida divinizada que se manifiesta como torbellino de plenitud aun dentro de la destrucción. Es así eterna renovación de las fuerzas que atraviesan la naturaleza. Simultáneamente, lo apolíneo es la sabiduría misteriosa, que por cualquier medio que fuera comunicada, siempre está relacionada a la elevación del espíritu, esto nos hace recordar la poesía y la música, en Apolo toda la naturaleza aparece como ser musical. Su música llena todo el espacio, “se oye hasta en los últimos confines haciendo que todo florezca” (H. Órfico). Sus dones son la luz que ilumina la inteligencia, que cura las almas y aparta los males. De la música de Apolo, suena una melodía clara y suave. Con Apolo se manifiesta la fidedigna sabiduría.

Dionisos y Apolo, dos impulsos distintos dispensadores de la música en su totalidad. Ditirambo dionisiaco y Peán apolí-

neo los símbolos de la música coral. El coro religioso es inspirado, como nos enseña nuestra Madre por *“la dulce música que se percibe con los oídos y la divina música que se escucha tan sólo en el sagrado recinto del corazón”*. Lo que se contempla y experimenta dentro del círculo del coro devocional no es un mundo imaginario, como muchos creen, en él la realidad brota como lluvia incandescente, como fuerza infinita, lo humano se reintegra con la naturaleza generando un estado de unidad que reabsorbe lo que antes era separación. Esa unidad es la que los coros del ditirambo y el peán recuperan. El coro es sujeto de una visión. Visión donde el observador y lo observado se compenetran. Parafraseando a Platón, diremos que el coro no actúa por cuenta propia, es actuado, visitado y transfigurado por la divinidad que lo preside. La divina dualidad siempre palpita dentro de la totalidad, Dionisos y Apolo se atraen y se buscan, forman un estrecho vínculo porque sus reinos están unidos por el lazo eterno del amor devocional, a pesar de su enorme disparidad, los dos juntos encarnan la verdad completa. En Apolo se reúne todo el brillo de lo olímpico y en Dionisos los reinos del eterno transmutarse. Los dos conforman el perpetuo contraste entre la vida que gira intermitentemente, y el espíritu sereno que la contempla desde la lejanía.

“¡Oídmme, poderosos liberadores! Concededme, por la comprensión de los libros divinos. Y disipando la tiniebla que me rodea, una luz pura y santa a fin de que pueda comprender con claridad. Al Dios incorruptible y también al hombre que yo soy.”

Proclo

*Por la Prof. Norma Novoa
Miembro del Colegio de Profesores de la Fundación Hastinapura*
